

## El Sonido y la Furia

Recital Jaime Roos (voz, guitarra), con Hugo Fattoruso (teclados), Gonzalo Moreira (voz, guitarra, percusión), Osvaldo Fattoruso (batería), Jorge Trasante (percusión) y Eduardo Márquez (bajo). Conducción de Nelson Caula. Sonido de Ottonello y Cia. (técnico: Dario Ribeiro). Producción de A. López Domínguez, C. Santa Cruz y E. Iriyoyen. En el Palacio Peñarol, sábado 4.

Se habló y se escribió tanto sobre la presentación de Jaime Roos en el Palacio Peñarol, que parecería reiterativo explicar quien es este músico uruguayo radicado en Holanda. Sobre los Fattoruso tampoco conviene agregar nada, a riesgo de pecar por redundantes; mientras que Jorge Trasante (repatriado desde Francia), y el bajista Eduardo Márquez fueron suficientemente presentados al público montevideano por los medios de difusión. Gonzalo Moreira (de Rumbo) es bien conocido.

En torno a este concierto, no teniendo en cuenta el eficaz aparato publicitario montado —inédito para el medio—, sino los antecedentes

artísticos de quienes lo protagonizaban, esta página llegó a arriesgar un pronóstico netamente favorable. Ahora es de rigor aclarar que las expectativas no fueron satisfechas, y en la medida de lo posible explicar los motivos para que eso sucediera.

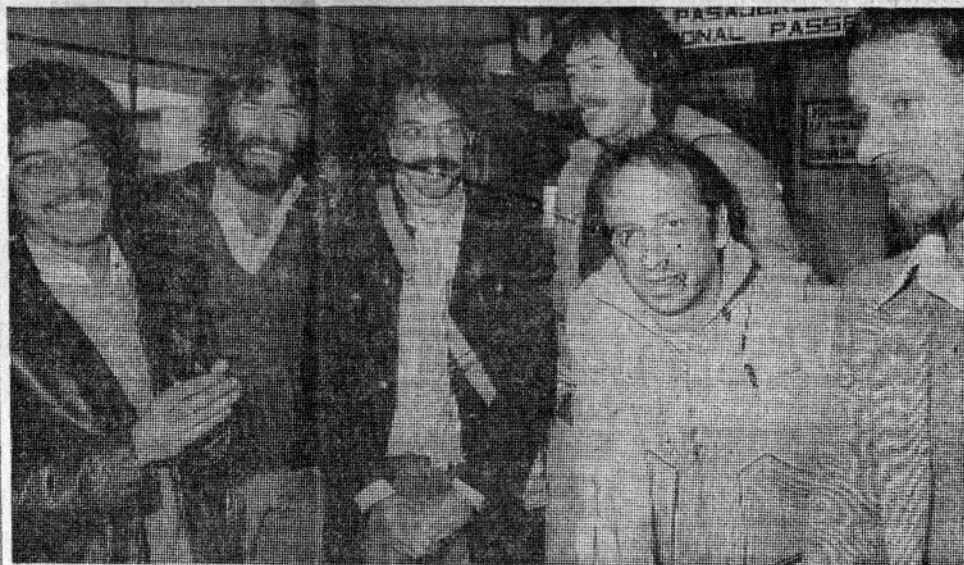
El primer y fundamental argumento para este semifracaso fue una amplificación realmente desastrosa. Ya se sabe que el Palacio Peñarol es un ámbito muy riesgoso desde el punto de vista acústico. Siempre se recuerda el fiasco que fue escuchar a la orquesta de Duke Ellington allí. Y más próximamente, muchos recitales de canto popular enfrentaron dificultades similares. Pero última-

mente los técnicos nacionales parecían haberle agarrado la mano al Palacio, y se disfrutó de varios espectáculos muy bien amplificados. También vale la pena consignar que cuando vino Roberto Carlos, sus técnicos consiguieron una hazaña —al amparo de fabulosos equipos— ya que se escuchó a la perfección desde todos los puntos del enorme local.

Sin pretender que Ottonello y Cia. y el técnico Dario Ribeiro llegaron a tanto, con el instrumental que poseían podían haber sacado un resultado por lo menos digno. Pero desde el comienzo se notó que todo estaba demasiado fuerte, y además faltó del adecuado equilibrio. El conjunto de Roos sonaba como una sola masa de ruido, de la que aquí o allá lograba rescatarse una palabra, un breve solo, o un pulso rítmico.

Así, la primera parte transcurría penosamente, con Roos y sus músicos tratando de hacerse entender y el público manifestando ruidosamente su disconformidad con el sonido.

Referirse a lo musical, en esta primera parte, sería en vano. Sólo podría intentarse un recuento de los temas, ya que las versiones murieron en-



Trasante, Moreira, Márquez, Roos, O. Fattoruso, H. Fattoruso

tre cables, micrófonos y parlantes.

La furia del público se expresó claramente en las insistentes ovaciones que se tributaron a Rumbo y especialmente a Los que iban cantando. Estos conjuntos hicieron temas cada uno y su austeridad instrumental permitió entender sus letras y apreciar los arreglos, y además, se marcaron algunas diferencias interesantes. Porque si bien una mala amplificación puede perjudicar a un grupo electrificado más que a uno "acústico", a Bonaldí, a Lazarroff, a todo Rumbo y a Jorge Galemiro (que tocó con su

conjunto) se les entendió lo que cantaron. Y a Jaime Roos no.

Entonces, separando el trigo de la paja, hay que decir que una vez expuestas las deficiencias técnicas, se puso en evidencia la distinta forma de enfrentarlas. Es sabido que a Jaime no siempre se le entiende en sus discos. Enfrenta un problema de dicción que tal vez hasta ahora no haya sido debidamente señalado y que aquí acrecentó los escollos para la comunicación.

Afortunadamente en la segunda parte el sonido fue mejorando paulatinamente, aunque a costa de bajar muchísimo en volumen. Pero se sabe que nuestro público es muy respetuoso, y además quería verdaderamente oír a Roos. Así, en los últimos tres o cuatro temas, este partido que los músicos iban perdiendo por amplio score, fue emparejándose. Y lo gratificante fue ver que si finalmente se llegó a acortar distancias entre lo que este recital fue, y lo que debió haber sido, en eso hubo tanto mérito de los músicos como de los espectadores. Al final, con su antológica Retirada, Jaime Roos consiguió la ovación que más de cuatro mil espectadores querían otorgarle, pero que tuvieron que demorar por las razones ya apuntadas.

De ninguna manera esto alcanza para quedar conforme. Si emocionalmente logró superarse el mal trance, el espectáculo fue objetivamente deficiente. No se puede pretender que la gente pague entre ochenta y cien nuevos pesos por algo como esto. Se oyeron frases muy fuertes contra todo lo que tenía que ver con la amplificación, hubo silbidos y abucheos. Algún espectador llegó a decir que esto era "un atentado con la música popular uruguaya". Se tuvo la delicadeza, por parte de todos, de no dirigir esa molestia contra los músicos, y ahí radicó la salvación parcial del recital.

Los Fattoruso, Trasante,

Márquez y Moreira probaron individualmente y por momentos, sus excelentes aptitudes. Algún estupendo solo de Hugo (pese a todas las contras), también de Márquez, la flexibilidad incomparable de Osvaldo, la sensibilidad de Trasante, ahora servida con una técnica superior, la versatilidad de Moreira, fueron también elementos que lucieron esporádicamente. El conjunto no sonó como auguraba la suma de personalidades que lo componían. Ni siquiera sonó como un conjunto, y ahí habría que empezar de nuevo a hablar de la amplificación, que se convirtió en la gran protagonista negativa de la noche.

Es mejor postergar el comentario de la música de Jaime Roos hasta la nota sobre su nuevo disco, y considerar a este espectáculo como un mal paso accidental, que Roos deberá borrar en su próxima visita a Montevideo, dentro de un año. Es un compromiso que contrajo con el público.

Elbio Rodríguez Barilari